

cruzada contra los Albigenses (1), en la muerte de Arnaldo de Brescia, de J. Huss y de Jerónimo Savonarola (2), aquellos divinos principios del amor y de la libertad de conciencia que consagrara Jesucristo. Pero las persecuciones, ni extinguieron la herejía, ni contuvieron el genio de la reforma que tan hondamente se arraigaba en el espíritu del tiempo.

Un doble movimiento de la actividad humana, llamada al exterior por la restauración del espíritu pagano y con él de la Naturaleza, que desde entonces prodigara al hombre sus fuerzas y elementos prodigiosos, misteriosamente velados ántes, porque el Espíritu había renegado de ella; y convertida al interior por las cuestiones religiosas y por haberse revelado al Occidente el pensamiento de la Grecia, caracterizan este nuevo periodo, en el cual se reconcilian la Naturaleza y el Espíritu, y comienza á referirse el Mundo á Dios, merced al desarrollo de la Filosofía, miéntras de otro lado se establecen las nacionalidades mediante las nuevas menarquías que preparan la igualdad del derecho entre los ciudadanos; se funden las razas con el descubrimiento de América y de Oceanía, que trae á la Historia un nuevo mundo material y humano, entrando el hombre en la posesión de todo el continente, á la par que emancipa su personalidad de las imposiciones dogmáticas, se perpetúa y universaliza el pensamiento con la imprenta, que más que todos los descubrimientos, contribuye á borrar la desigualdad humana; se reconoce el lugar de esta Tierra en el sistema del Universo, y se abre, en fin, la Humanidad á relaciones infinitas con todos los seres y supremamente con Dios.

La reforma de los Wahabitas y de los Afghanes en Oriente, que anuncian una renovación de ideas y de razas; y las guerras religiosas de Occidente que despues de sangrientas y horribles escenas consagran la libertad de pensamiento y establecen el derecho internacional, mediante el que se afianza la independencia de las naciones á la par que se reconocen como miembros de un Estado y Patria comun en la Tierra, preparan las interiores relaciones humanas, sin cuya plena posesion no recabaran su integridad personal los individuos y los pueblos.

β. Discusiones filosóficas y luchas políticas que ponen en combustion todos los elementos sociales, preparan la Revolución francesa que ha consagrado los derechos fundamentales de la personalidad hu-

(1) Recordemos aquellas terribles palabras pronunciadas por un obispo que, en odio contra Beziers, ni áun queria respetar la vida de los católicos que en ella habia. «Matadlos á todos, dijo, que Dios conocerá á los suyos.»

(2) En medio de las llamas decia con su elocuencia varonil el infamado dominico: «La Iglesia de Dios tiene necesidad de una reforma y de una renovación. Ella será *regenerada*, y cuando lo haya sido será reformada y renovada; ella prosperará; los infieles se áun convertidos á la fe.»

mana, difundiéndolos por todo el mundo civilizado con igual espíritu de proselitismo que una revolución religiosa (1). El Nuevo-Mundo, colonizado por la Europa, plantea entre tanto nuevas y más humanas formas de organización política y social que, á traves de sus violentas conmociones, deja presentir que allí se prepara una escena más grandiosa para la vida y perfeccionamiento de los hombres.

Durante estos momentos de crisis, la Filosofía se recoge en el pensamiento de algunos hombres eminentes y comienza á erigirse en maestra y directora de la Vida, resolviéndose la oposicion entre la teoría y la práctica, la razon y la fe, que durante siglos ha trabajado la Historia, y preparándose «el tratado de paz de los sistemas, preliminar indispensable del tratado de paz de las naciones» (2). Los maravillosos descubrimientos de la Ciencia, que, penetrando en el alma de la Naturaleza, vienen transformando la industria y ofreciendo medios prodigiosos con la posesion de los agentes naturales para la instantánea y universal comunicacion humana, el casi completo conocimiento de nuestro planeta, la comun cooperacion que ya se anuncia de todos los pueblos en los fines de la civilizacion, y sobre todo, la más alta posesion de sí mismo y la firme conciencia de su destino, á que el hombre llega en nuestros dias, auguran una edad en que todo derecho sea cumplido, todo bien realizado en ley de amor y religion, y todas las justas relaciones consagradas mediante la organización de la familia, de las sociedades y de los pueblos, segun el destino general de la Humanidad y los eternos decretos de la Providencia.

24 Enero 1864.

NICOLÁS SALMERÓN Y ALONSO.

LOS MUSEOS DE ESPAÑA.

II.

MUSEO DE SEVILLA.

Está situado el Museo sevillano en el convento de la Merced. No contiene más que el escaso número de doscientas sesenta y seis obras de pintura y diez de escultura; pero compensa la importancia de muchas de ellas la cortedad del número.

Los más notables pintores andaluces están dignamente representados; pero en éste, como en los demas Museos provinciales, y en los mismos de Madrid, sería inútil buscar obras para completar el

(1) *Tocqueville*, *L'ancien régime et la révolution*, cap. III.

(2) *T.berghien*, *Generation des connaissances humaines*, pág. 471.

círculo histórico y cronológico de los artistas sevillanos.

Tampoco en el Catálogo se encuentra indicación ninguna de la procedencia de los cuadros, y aunque no sea más que provisional, como en él se indica, no tiene disculpa el no haber puesto siquiera las medidas de los lienzos. Hay en él, sin embargo, una advertencia importante, que dice así: «4.º Algunos de los cuadros, por hallarse muy deriorados, y otros por carecer de mérito y no haber lugar adonde colocarlos, no están expuestos al público.» Considero digna de atención esta advertencia, pues los cuadros deteriorados deberían componerse, si es posible y lo merecen, y los que se supone carecen de mérito, procurar exponerlos al público por algún tiempo, para que se satisfaga de que es así; pues no pueden merecerle mucha garantía de la inteligencia en pinturas las comisiones que dan á luz catálogos sin las dimensiones de los cuadros, y en los que aparecen venticuatro distintos con la designación única: *Asunto de la vida de San Jerónimo*; pero dejando estas observaciones, que me reservo hacer más extensas y generales, pasaré á examinar las obras expuestas.

Consta que Francisco Frutet vivía en Sevilla en 1548, y tres tablas que se ven de su mano en este Museo indican que siguió el estilo de Rafael, influido también con las máximas de Miguel Angel. De estas pinturas, la que lleva el núm. 36 representa á *Jesus crucificado entre los ladrones*; la señalada con el 39, que es portezuela de un tríptico, representa por la cara expuesta al espectador á *Jesus en el camino del Calvario*, y por la otra *La Virgen con el niño en los brazos*. Compañera de ésta, y portezuela del mismo tríptico, es la marcada con el núm. 40, y se representa en ella *El Descendimiento*, y en la parte inversa *San Bernardo*, que, cuando el tríptico estuviere cerrado, formaría composición con la Virgen de la tabla anterior. Si, como fundadamente presumo, es el centro de este oratorio el cuadro (núm. 36) ya citado, debería armarse, y no tenerle disperso y desencuadrado (1). Interesantes son estos cuadros de Frutet, tanto por el mérito que tienen, señaladamente los dos últimos, cuanto por ser su autor uno de los que, con Pedro de Campaña, comenzaron á difundir en Sevilla las buenas máximas de la escuela italiana.

Dos lienzos dan razón del talento del famoso cordobés Pablo de Céspedes. El núm. 69, *La Cena*, y el 164, *El Salvador*. Ambos demuestran el estudio que había hecho de las obras de Rafael, que comprendió de una manera franca y grandiosa, diferente de la minuciosidad con que la habían seguido

Joanes, en Valencia, y Barroso, Correa, Blas de Prado y otros, en Castilla; sin embargo de esto, no tiene tanta originalidad como Joanes, y es más fácil confundir sus obras con las de César Arbasia, Rómulo Cincinato ú otros de los sectarios del maestro de Urbino, que no con las del místico autor de la *Vida de San Esteban*.

Ningun cuadro conserva el Museo de Luis de Vargas, cuyas obras indican el estudio que hizo de las obras de Rafael; ni tampoco de Antonio de Arfian, que debió también estudiar en Italia, á juzgar por las pinturas de su discípulo Alonso Vazquez, de quien se figuran el núm. 26, *Martirio de San Serapio*, cuadro que se ve mal y parece algo estropeado, y el núm. 27, *San Pedro Nolasco redimiendo cautivos*; ambos lienzos son buenos, aunque adolecen de falta de perspectiva, y sirven para poder colocar á su autor entre los buenos sectarios de la escuela de Miguel Angel, así como el núm. 182, que representa *El martirio de varios santos mercenarios*.

Siguiendo el orden cronológico, nos encontramos con un cuadro de Juan de las Roelas, el *Martirio de San Andrés* (89). Aunque pertenece también al número de los que estudiaron en Italia, no se ciñe tanto á los preceptos de la escuela, el licenciado Roelas, como Céspedes, ó Vazquez, y se nota en él alguna tendencia flamenca mezclada con el estilo florentino. En este cuadro del San Andrés hay falta de espacio y perspectiva aérea; el color, no del todo agradable, y los caballos que se ven en la composición, son muy pequeños. Hay expresión en algunas figuras, y la gloria tiene originalidad. Aunque, á pesar de todo, es una obra importante, no basta para dar idea del talento de su autor, que logró tener discípulos tan aventajados como Zurbarán.

Mejor representado se halla Juan del Castillo, célebre no sólo por sus obras, sino por sus discípulos. Siete cuadros de su mano se ven en este Museo, que representan: *La Asunción de la Virgen* (2), gran composición, en cuya parte inferior están los apóstoles; obra importante, muy influida por las máximas de Rafael; *El nacimiento* (4); *La adoracion de los Reyes magos* (126), compañero del anterior; *La Anunciacion* (63); *La Visitacion* (70); *San José y el niño trabajando* (139), y *La muerte de San José* (141). Todos estos cuadros, aunque muy apreciables, son inferiores al de *La Anunciacion*, y por lo general adolecen de dureza.

Francisco Pacheco es otro de los cultivadores de las tradiciones italianas, y no debe menos, su justa y merecida fama, á sus obras de pintura, que á sus escritos, y á su discípulo y yerno D. Diego Velazquez. El cuadro que figura en este Museo con el núm. 113, aunque supone el catálogo ser de su ma-

(1) Este tríptico fué pintado por Frutet para el hospital de San Cosme y San Damian, vulgo de las bubas.

no, es muy posible que no lo sea, pues son por demas medianos y duros los retratos de un hombre y una mujer, que es lo que en él se representa. El que lleva el núm. 46, *San Pedro de Nolasco en una barca con varios cautivos*, carece de color y de conjunto, pero tiene nobleza, y el dibujo es bueno, aunque duro. Se cree por algunos, por presuncion y sin datos, que la figura del remero es el verdadero retrato de Miguel Cervantes Saavedra. *La aparicion de la Virgen á San Ramon Nonnato* es el asunto del (núm. 414) compañero del anterior, y de no menor importancia. *La Concepcion* (35), y una repeticion de la misma, más en pequeño (405), son de las mejores obras del autor, y tienen ménos dureza que solia tener ordinariamente. Finalmente, el cuadro de *San Pedro Nolasco*, con un moro y varios cautivos (403), sirve, como los demas, para poder apreciar en todo su valor á este maestro, casi olvidado ya por sus pinturas, como sucede ordinariamente á todos los que carecen de originalidad y cualidades especiales, aunque no carezcan de mérito. Por eso vemos durar el nombre del Greco y otros, cuyos errores son anulados por sus aciertos, al paso que perece la fama de aquellos otros cuyos méritos son oscurecidos, por la comparacion y superioridad de los maestros á quienes trataron de seguir y de imitar; falta que hoy no se perdona, aunque muchas veces haya injusticia en ello.

Francisco de Herrera (el viejo), es de los primeros que, rompiendo con la manera Rafaelesca que venian siguiendo los pintores sevillanos, adoptaron un estilo más franco, y empezaron á servirse del claro oscuro como recurso nuevo. El lienzo que representa á *San Diego* (5), parece muy bueno, pero se ve mal por la gran altura á que está colocado. El núm. 6, *un Santo de la Orden de San Francisco*, es tan mediano que parece dudoso sea de mano de Herrera. La obra capital de este autor, de las que se hallan en el Museo, es el (núm. 21) *San Basilio acompañado de Jesús y los apóstoles*; tiene este cuadro un dibujo enérgico y grandioso; claro oscuro bien entendido, y un color caliente y agradable. Es lástima que las manos del Santo sean un poco pequeñas, y que haya alguna redondez y falta de buen modelo en algunas cabezas. El núm. 409, que representa á *San Hermenegildo, San Isidoro y San Leandro*, acompañados de ángeles, es compañero del anterior, y en nada desmerece de él, aventajándole tal vez en finura de tintas. Los demas cuadros que hay pintados por Herrera, aunque apreciables, tienen menor importancia.

Uno de los pintores sevillanos cuyo nombre ha conservado más fama hasta nuestros dias, es Francisco Zurbarán. Nació en Fuente de Cantos, en Extremadura, en 1598, y murió en Madrid hacia 1662. Fué discípulo de Juan de Roelas; pero su colorido y

claro oscuro se asemejan más al de Carabaggio que al de su maestro. Se dedicó ordinariamente á representar asuntos de la vida contemplativa de los santos que fueron monjes ó cenobitas; y sobresalió en la expresion mistica y austera que supo darles algunas veces.

La Apoteosis de Santo Tomás de Aquino (número 1), es un cuadro de gran composicion; el Santo está en pié en el centro; en la parte superior, entre nubes, Jesucristo, la Virgen y Santo Domingo; á los lados los cuatro Doctores de la Iglesia, y en la parte inferior, arrodillados, el emperador Carlos V, el arzobispo Bega y algunos otros personajes, entre los que se supone ser el retrato de Zurbarán el que está detrás del Emperador. Tiene este lienzo falta de verdadera expresion y de conjunto, tanto en el arreglo de las lineas como en el color, en el que dominan los colores pardos. No es fácil poder juzgar del mérito del *Crucifijo*, señalado con el número 3, por la gran altura á que se halla colocado. El *San Gregorio* (núm. 7), es un buen cuadro, aunque pintado con dureza y con un color tan moreno, que las carnes parecen de bronce. El núm. 122, *El Beato Punzon*, es compañero del anterior; pero en éste, como en los demas museos, los cuadros están en tal desórden, que los que son parejas andan cada uno por su lado, y si es un tríptico, como el de Frutet, completamente desencuadrado.

El *San Luis Beltran* (8), adolece del mismo defecto de tener tintas demasiado pardas, así como el *San Jerónimo* (123), que es su compañero. Más feliz estuvo el autor en el lienzo que representa á *Jesús coronando á San José*, en el que supo dar á las figuras, con especialidad al Santo, mucho sentimiento y expresion. Tambien es muy bueno el *Crucifijo* núm. 10, aunque de tipo algo vulgar. El *Niño Dios labrando una corona de espinas* (14), es un precioso cuadro lleno de poesia. El *San Bruno hablando con el Papa*, (46); *San Hugo en el milagro del Santo Voto* (67), y *La Virgen de las Cuevas*, acompañada de monjes cartujos (74), son tres obras importantes, aunque adolezcan de la dureza y falta de perspectiva aérea que muchas de las obras del autor. De mucho ménos valer son el *Crucifijo* (núm. 420), y *El Padre Eterno* (421); y el *San Francisco*, de medio cuerpo, con una calavera en la mano (427), es tan flojo, que probablemente será copia. Otro *San Francisco* (432), es, por el contrario, muy notable y lleno de expresion. Hay además algunos otros cuadros de Zurbarán en el Museo, hasta completar el número de veintidos, que son los registrados en el catálogo; pero no ofrecen nada de particularmente notable para hacer de ellos un exámen parcial.

Zurbarán tiene elegancia, buen dibujo, severidad y sencillez en el ordenamiento de sus composicio-

nes, expresion muchas veces; pero perjudica á la mayor parte de sus obras la mucha dureza y el color pardo con que están pintadas.

Andrés Lopez Polanco, cuyo nombre va siempre unido al de su hermano, siendo ambos discipulos de Zurbarán, es imitador de su maestro, del que tiene poco más que los defectos. Ordinariamente se supone que pintaron juntos los dos hermanos, y todas sus obras se designan con el nombre comun de los Polancos. El apostolado que hay en este Museo es de sus mejores obras, aunque pintado con suma dureza.

Veinticuatro cuadros registra el catálogo, pintados por el inmortal Bartolomé Estéban Murillo, gloria de Sevilla y de España entera. Á excepcion de dos, que no deben ser suyos, el núm. 65, que representa á *La Virgen con el Niño Jesus en los brazos*, y el 116 una *Concepcion*, los demas todos son importantes. La lista, segun el órden del catálogo, es la siguiente; *San Juan Bautista* (44); *San José con el Niño en los brazos* (45); *San Agustín en oracion* (51); *La Virgen de la servilleta* (52); *San Félix de Cantalicio* (53); *San Agustín acompañado de la Trinidad* (54); *La Concepcion rodeada de ángeles* (55); *La Virgen y San Agustín arrodillado á sus pies* (59); *San Antonio* (de medio cuerpo, compañero del núm. 53), (60); *Una Virgen con el Niño Jesus en los brazos* (no parece de Murillo), (65); *La Concepcion* (tamaño colosal), (68); *La Virgen con el Niño* (72); *La Virgen de la Piedad*, con Jesus muerto en el regazo y un ángel teniéndole las manos (75); *San Pedro Nolasco de rodillas ante la Virgen de la Merced* (80); *San Leandro y San Buenaventura* (83); *Santo Tomás de Villanueva* (84); *El Nacimiento* (86); *Jesus con la cruz abrazando á San Francisco* (88); *San Félix de Cantalicio con el Niño Dios y la Virgen* (90); *San Antonio de rodillas con el Niño Dios sobre un libro* (92); *La Concepcion con el Padre Eterno y ángeles* (93); *Santas Justa y Rufina* (95); *La Anunciacion* (96); *La Concepcion* (no parece de Murillo), (116).

Hasta una época relativamente muy moderna, cosa de unos treinta años, ha sido Murillo ensalzado y tenido por uno de los principales pintores, sin contestacion ni duda alguna; pero hoy es mucho más apreciado en el extranjero que entre nosotros, y es muy frecuente encontrar *inteligentes* españoles, que solamente creen apreciables, á título de *bonitos*, los cuadros del maestro sevillano. Sería prolijo querer averiguar todas las causas que pueden haber contribuido á este cambio en la opinion de los que se creen entendidos; pero basta tener presente el crédito que entre ellos gozan Velazquez, Ribera, y Goya, para comprender que el exclusivismo entra por mucha parte, y que se da una importancia exagerada al *naturalismo*. Velazquez re-

produce el modelo con una verdad, que parece se está viendo á un espejo; pero generalmente se ejercita en retratos, y cuando no, sus composiciones no ofrecen nada de notables más que la verdad del conjunto y los detalles. Sus cuadros religiosos, como *El Cristo*, *La Coronacion de la Virgen*, *Los hijos de Jacob presentándole la túnica de José*, *La adoracion de los Reyes*, y *El San Pablo y San Anton*, son de una vulgaridad deplorable. No tuvo más idealidad en los asuntos mitológicos, y *Las Fraguas de Vulcano*, *El Mercurio y Argos*, *El Marte y Los Borrachos*, son una prueba de este aserto. Sólo en la pintura de historia contemporánea, en el cuadro de *Las Lanzas*, supo estar á la altura del asunto.

Ribera imita el natural, pero no de una manera tan general como Velazquez, pues se limita á la figura humana, aislada ó casi aislada, y vista en primer término, sin preocuparse del ambiente ni de los fondos. Velazquez imita el aspecto del conjunto hasta donde es posible. Ribera reproduce el detalle, le hace de bulto, á manera de un escultor; para esto prefiere las figuras de viejos, y los grandes contrastes de luz y sombras; huye de representar grandes composiciones, y cuando lo hace, escoge siempre asuntos de expresion sombría y feroz, que sabe acentuar admirablemente; pero con vulgaridad, sin elevacion, son los sentimientos de gente del pueblo con poca cultura, de pordioseros, de bandidos. Como coloristas, tanto Ribera como Velazquez, huyen de las tintas vivas, buscan sus efectos y entonaciones, con negros grises y colores rebajados; ni el bermellon, ni los amarillos los emplean nunca de una manera franca. En el dibujo, toman del natural, no eligen.

Goya no se parece ni al uno ni al otro, es más vario, y aunque sea el natural tambien la base en que se apoya, no le copia con entera escrupulosidad; sus obras tienen la impresion de la verdad, pero ésta consiste más en el carácter y sentimiento de las figuras, que en que haya tratado de copiar el aspecto con la escrupulosidad que Velazquez ó Ribera. No huye, como aquellos, de las grandes composiciones, y es uno de los artistas, quizás el unico, que se ha propuesto y ha conseguido retratar la época en que vivió, á cuya circunstancia debe mucha parte de su crédito y la boga que hoy obtienen sus obras, en la que la moda entra por mucho; pues fué pintor muy desigual, y hoy se celebran por los *inteligentes*, hasta sus obras más medianas. Si la pintura es algo más que la imitacion fotográfica del aspecto del natural, Goya tiene más condiciones de artista que Velazquez y Ribera; pero como á éstos, la estimacion que hoy se le da, es hija, más que de una apreciacion justa y razonada, de la moda. Es mal sistema el de querer aquilatar el mérito de los

artistas poniendo en comparacion unos con otros, principalmente cuando no se ha sentado un principio fijo al que se crea que debe obedecer el arte, y es muy difícil determinar este principio de una manera absoluta; pero, sin embargo de esto, ateniéndose sólo á las dificultades vencidas en la parte técnica de la pintura, es menester estar muy obcecado por espíritu de escuela, para no reconocer en Murillo condiciones muy superiores á las de todos los demas artistas españoles.

Casi todas sus obras son grandes composiciones, dibujadas con correccion, pintadas con un colorido agradable y brillante, en el que es inútil querer encontrar reminiscencias de Vandick, de Ribera ó de Velazquez, porque la influencia que haya podido tener el estudio de estos autores, forma un conjunto feliz en el que no aparece más que la originalidad del autor, tan potente como la del que más.

El que haya visto la *Santa Isabel*, ó los *medios puntos* que posee la academia de San Fernando en Madrid, ó *El San Bernardo*, y *El Martirio de San Andrés* del Museo del Prado, no va á ver en Sevilla nada que valga más, porque no es posible, pero sí á corroborar la opinion que haya formado. *El San Leandro y San Buenaventura*, *La Concepcion grande*, *El Nacimiento*, *El Jesus abrazando á San Francisco*, entre los cuadros que están en el museo; el Moisés sacando agua de la peña, y *San Juan de Dios* del hospital de la Caridad, y el famoso *San Antonio de la Catedral*, aumentan el catálogo de las obras admirables del autor, y bastan para darle á conocer en toda la extension de su talento; pero si están á la misma altura, en nada superan, como he dicho, á las citadas obras de Madrid.

Murillo, como todos los artistas españoles que tuvieron estilo propio y no estudiaron con los pintores italianos, es *naturalista*, es decir, que copia la realidad sin tratar de ennoblecerla buscando el bello ideal; pero á pesar de esto, elige tipos adecuados á los asuntos, tratando de no faltar á las conveniencias. Las figuras del *San Leandro y San Buenaventura*, por ejemplo, tienen elevacion aunque estén dentro de las condiciones ordinarias. El tipo de sus Concepciones es de una belleza que seguramente se encuentra, pero no detras de cada esquina. Como imitacion del natural, ni en el colorido, ni en el dibujo puede compararsele con Velazquez ó Ribera; pero en cambio de esta cualidad, que si tuviera la importancia que hoy se la da, haria que Ticiano, Vironés, Tintoretto y Rubens valieran ménos que el autor del cuadro de Las Lanzas, Murillo tiene la ventaja de componer y expresar, en mayor escala y con más variedad, de tener un colorido verdadero y agradable conseguido con mayores dificultades vencidas, puesto que sabe armonizar colores más decididos, sin ceñirse únicamente

á los pardos y grises; tambien comprende mejor la distribucion del claro oscuro en la composicion. Seria muy largo el hacer un detenido exámen de las cualidades de Murillo, tanto en la parte puramente técnica, como en la de sentimiento; pero el que sepa ver, y mire libre de preocupaciones de moda, ó de escuela, la mayor parte de sus obras importantes, tendrá que colocarle á la cabeza de los artistas españoles, y á la par de muchos de los más importantes italianos ó flamencos. Pero dejando esta digresion, inútil hasta cierto punto, porque lo bueno no necesita defensa, y continuando el exámen de los cuadros del museo sevillano, nos encontramos con uno que representa las *Animas del Purgatorio* (34), atribuido á Alonso Cano, obra de muy poca importancia y que no me parece del famoso granadino, del que es de sentir no haya aquí ninguna pintura indubitable.

Sebastian Gomez, llamado el *Mulato de Murillo*, fué su esclavo y procuró imitar el estilo de su amo, llegando á ser pintor de crédito, debido quizás más á lo humilde de la condicion de que supo elevarse, que á la importancia real de sus obras; el cuadro (núm. 113) *Una Concepcion* rodeada de ángeles, tiene las tintas y la cabeza de la Virgen muy imitada de Murillo, lo demas es flojo.

Tampoco Francisco Meneses Osorio, discípulo é imitador de Murillo, debe su fama más que al reflejo que se ve en sus obras de las de su ilustre maestro. *El sutil Scoto en un Concilio* (núm. 152), es el lienzo que le da á conocer en este museo.

Dos cuadros de Francisco Herrera (el mozo), el uno *San Fernando* (56), bastante flojo, y el otro *Santa Ana y la Virgen* (146), muy bueno, aunque algo pesado, demuestran que si el autor estudió en Roma, no olvidó lo que ántes aprendiera en su patria, y en nada se le conoce su estancia en la tierra clásica del arte.

Juan Valdés Leal, á pesar de la independencia de su carácter y de las condiciones de originalidad que le distinguen, y que le colocan en el número de los maestros andaluces más importantes, no pudo sustraerse de la influencia de Murillo, con quien quiso rivalizar, si bien no logró llegar á su altura aunque tuviese mayor valentía en la ejecucion, y algunas veces más finura en las tintas. Once cuadros hay en el Museo de Sevilla, por los que poder juzgarle. El señalado con el núm. 20, *Un venerable de la Orden de San Jerónimo*; el número 23, *Un santo Monje Jerónimo*, á quien se aparece la Virgen, y el núm. 81, que representa *La Asuncion de la Virgen*, son nada más que regulares. *La tentacion de San Jerónimo* (87), y *San Jerónimo azotado por los ángeles* (91), que son compañeros, están muy bien pintados y tienen mucha transparencia y dulzura. Algo más seca es *La Concepcion* (97),

y los niños resultan confusos. *El bautismo de San Jerónimo* (104) es muy bueno y tiene tintas muy delicadas; estas mismas cualidades, aunque quizás no son tan trasparentes, tienen los dos cuadros compañeros (107), *Un venerable de la Orden de San Jerónimo*, y (núm. 110) *Un Santo diciendo Misa*; y finalmente, el cuadro de *Los desposorios de Santa Catalina* es, tal vez, el de dibujo más correcto, pero duro y de mal color, cosa no muy frecuente en Valdés.

Un sólo cuadro, *Melchisedech ofreciendo á Dios pan y vino en acción de gracias* (179), da razón en este Museo de Matías Arteaga, discípulo apreciable de Valdés; más conocido por sus grabados que por sus cuadros.

Simon Gutierrez, Estéban Marquez y Juan Ruiz Soriano, imitadores de Murillo, tienen algunos lienzos regulares, pero que demuestran la decadencia completa á que llega el arte, cuando en vez del esdío del natural y la propia inspiracion, se entrega á la imitacion servil de un maestro, por sobresaliente que éste sea. Tampoco valen gran cosa los veinticuatro cuadros de Juan de Espinal, que representan *La vida de San Jerónimo*.

Es tan pobre en esculturas el Museo sevillano, que sólo diez registra el catálogo, *Una Virgen con el Niño en los brazos*, del tamaño natural (de barro cocido), que aunque es obra del famoso Pedro Torrigiano, no es de las mejores. La cabeza de la Virgen carece de expresion, y el pintado ó la encarnacion que tiene, produce mal efecto. El Niño y las manos de la Virgen son buenas. El famoso *San Jerónimo*, tambien de barro cocido, es verdaderamente una obra de primer órden, y por la que puede formarse idea más exacta del talento del orgulloso émulo de Miguel Angel.

Del escultor sevillano, el renombrado Juan Martinez Montañez, son las cuatro efigies de talla de madera, que representan: *Santo Domingo de Guzman*, *San Bruno*, *San Juan Bautista* y *la Virgen de las Cuevas*, todas muy apreciables; pero ninguna es de tanta importancia como el célebre *Crucifijo* de la Cartuja, que está en la sacristia de los cálices, en la catedral.

Otras cuatro esculturas de talla de madera, que representan *Las virtudes teologales*, obra de Solis, discípulo de Montañez, completan la parte de imaginaria que hay en este Museo.

Ya dije al empezar que no era posible estudiar en el Museo de Sevilla, como tampoco lo es en ningun otro de los Museos de España, la historia y tradicion del arte en cada localidad. Nada contiene de Juan Sanchez de Castro, que floreció á mediados del siglo XV, y que es el primero que los autores citan con encomio; nada de su discípulo Gonzalo Diaz, ni de Bartolomé de Mesa, ni Alejo Fernandez,

como tampoco de Diego de la Barreda, ni de su discípulo Luis de Vargas, del flamenco Pedro de Campaña, y de muchos otros de aquella y de épocas posteriores que alcanzaron renombre y tuvieron influencia en el carácter que tomó el arte en Sevilla, como sucede con Pedro de Moya, que se supone la ejerció sobre Murillo. De alguno de estos pintores no creo que seria difícil poder proporcionarse obras para el Museo, y de otros que seria más dificultoso, ó por ser escasas, ó por no conocerse ya cuáles sean, deberian emprenderse estudios y averiguaciones para tratar de encontrarlas, pues tal vez se lograría con inteligencia y constancia.

A pesar del pequeño número de obras, no deja de ser el Museo de Sevilla interesante, pues la generalidad de las que contiene son de mérito. Todos los cuadros son de autores sevillanos, ménos *El Juicio final*, pintado sobre tabla por el flamenco Martin de Vos, que es una de las obras maestras de este artista; tres cuadros de la escuela flamenca, de los que el núm. 23, *Jesus muerto en brazos de la Virgen, acompañada de las Marías y San Juan*, es el más importante; una copia de *La Ascension de la Virgen*, de Daniel de Volterra, y una *Adoracion de los pastores*, de escuela alemana, son los únicos que representan las escuelas extranjeras.

III.

MUSEO DE TOLEDO.

Está situado este establecimiento en el claustro y algunas salas del magnífico convento de San Juan de los Reyes.

De los 381 cuadros que contiene el catálogo formado en 1865, y algunos más, llevados recientemente, son muy pocos los dignos de atencion; por eso tendré que citar algunos de muy poca importancia, que sin embargo tienen valor donde tan escaso es el número de obras apreciables.

El *Retrato de la reina doña Mariana de Austria* (núm. 3) y *La Virgen entregando el escapulario de Santo Domingo á un religioso* (66), son dos obras de Alonso del Arco, que se encuentran en el caso que acabo de decir, y sólo tienen de recomendable, cierta gracia y buen aspecto de color, que distinguen generalmente los trabajos de este autor. El retrato está firmado.

Luis Tristan, discípulo de *el Greco*, goza de una justa fama como el mejor de los pintores naturales de Toledo, y el cuadro que en este Museo le representa, es un *San Jerónimo* (4) digno de su pincel. Está correcta y grandiosamente dibujado, tiene muy buen efecto de claro oscuro; el color, como el de la mayor parte de sus obras, es rojizo terroso y pesado, aunque no carece de armonía.

Exento Tristan de las extrañezas de su maestro, dibujante correcto y conocedor de la anatomía, vale sin embargo ménos que *el Greco*, pues si bien le aventaja en aquellas cualidades que pueden adquirirse con el estudio, no puede competir con él en las que necesitan más el sentimiento, como son el color, la composición y la expresión. El cuadro que representa *La ronda de pan y huevo* (22), y varios retratos de papas y cardenales, que el catálogo supone ser también de mano de Tristan, son muy inferiores á sus buenas obras.

Siete cuadros de D. Juan Carreño de Miranda encierra este Museo. Representan: *San Antonio de Pádua* (5), *San Pascual* (9), y los otros cinco, señalados con los números 73, 85, 86, 87 y 88, diferentes religiosos mártires del Japon. Los dos primeros son muy buenos cuadros, pintados con la valentía, transparencia y buen gusto de color que distinguen á Carreño; los otros, aunque estimables, están hechos más á la ligera.

Es muy frecuente encontrar esta desigualdad en los pintores españoles de esta época, y muchas veces, si no constara auténticamente, se podría dudar de la originalidad de ciertas obras ejecutadas con mucha ligereza y descuido, sea por haber podido disponer de poco tiempo, ó, como es más probable, por haberlas contratado á bajo precio; porque aunque se tiene la idea de que los cabildos y las órdenes religiosas protegieron grandemente á los artistas, la verdad es que esta protección fué poco inteligente y muy mezquina, pues la mayor parte de los pintores españoles vivieron con estrechez, y muchos de ellos murieron en la mayor miseria, según declara en más de una ocasión D. Antonio Palomino, que alcanzó aquellos *buenos tiempos*. Tuvieron los artistas muchas obras que ejecutar, pero tan pobremente retribuidas, y dando lugar el cobro á tantas contestaciones, disgustos y pleitos, que se veían obligados á trabajar ciertas obras á destajo. Esto explica cómo Carreño, Antolínez, Cerezo, Pereda y muchos otros pintores de gran mérito, pudieron firmar, en sus mejores tiempos, obras indignas de su mano. Otras veces también se conoce que, destinados los cuadros á capillas, ó sitios de poca luz, no quisieron esmerarse para que quedasen como sepultados, y por eso hoy, que los vemos en Museos y Galerías, nos precen tan medianos.

San Pedro libertado por el ángel es el asunto del lienzo señalado con el n.º 84; me pareció original de Escalante, y uno de los dignos de notarse en esta pobre galería.

Firmadas por el pintor flamenco Francisco Franck se ven doce pinturas en cobre, representando asuntos del Antiguo Testamento. Son agradables de color, de buen arreglo en las composiciones y ejecutadas con ligereza y gracia; pero, como todas las

obras de este autor, de un amaneramiento tal, que parecen hechas á máquina. Franck es muy celebrado por los aficionados, mas, á pesar de algunas buenas cualidades, está muy en segundo orden.

Aunque se atribuye á Pedro Orrente el cuadro que representa *El martirio de San Lorenzo* (102), no debe ser más que una copia. No así el notabilísimo lienzo que representa, en figuras de medio cuerpo, á *La Virgen sosteniendo el cuerpo de Cristo* (n.º 123), y aunque no me atrevería á afirmar con el catálogo que fuera obra de Juan Bellino, es, sin embargo, de primer orden en su género.

La sacra familia (151), firmada de José de Ribera, será acaso el original de la que, también firmada, existe en el Escorial, aunque yo creo que ninguno de estos dos cuadros son sino copias hechas á presencia del autor, así como otro ejemplar, más flojo, que se ve en las monjas de D. Juan de Alarcón, en Madrid.

Son muy notables las tablas alemanas señaladas con los números 170 y 171; y sobre todo el tríptico que representa *El camino del Calvario, la Crucifixion y La Resurreccion*.

Ultimamente se han trasladado al Museo, desde el Palacio arzobispal, los bocetos que hizo Bayen para los frescos que pintó en el claustro de la catedral, con asuntos de la vida de Santa Leocadia, y muchos grandes lienzos de los que pintaron Ginés de Aguirre, Castillo, Barbaza y otros, sacados de estampas y cuadros de David Teniers, que sirvieron para cartones de los tapices tejidos en la fábrica de Santa Bárbara, para los palacios del Pardo y del Escorial.

Contiene además este Museo algunos fragmentos de estatuas y varios objetos arqueológicos, que consisten los más en lápidas con inscripciones romanas, árabes y hebreas; algunos trozos de columnas, frisos, azulejos y estucos. También hay espadas y ballestas, construidas por artifices toledanos; y trajes, herramientas, flechas, arcos y otros útiles pertenecientes á los pueblos americanos. Esta sección arqueológica del Museo, aunque muy pequeña, es interesante, y se aumentó recientemente con algunos esmaltes, miniaturas, marfiles y trabajos en hierro.

Es muy extraño que habiendo vivido ó trabajado en Toledo tantos artistas notables, como Pedro y Alonso Berruguete, Comontes, Correa, Blas de Prado, Juan de Borgoña, el Greco y el P. Mayno, no se pudiera recoger ninguna obra de estos autores cuando la formación del Museo; mas, afortunadamente, pueden verse muy importantes trabajos de todos ellos en la catedral y en la mayor parte de las iglesias. Toledo todo es un riquísimo museo, no sólo de pinturas, sino de escultura, y sobre todo de arquitectura, árabe, gótica y del Renacimiento. Allí la pin-

tura en vidrio, las obras de los rejeros, la orfebrería y todas las artes que dependen del dibujo se hallan espléndidamente representadas. No hay calle, no hay rincón que, aparte de los recuerdos históricos, no pueda servir de estudio al artista, al anticuario ó al aficionado. Se ha escrito mucho y bueno sobre los monumentos de Toledo, por lo que, y por no entrar en mi plan, me limitaré, como complemento á esta revista del Museo, á dar razon solamente de algunas pinturas.

Dominico Theotocópuli (el Greco), es el artista más fecundo y más característico de los que pintaron en Toledo, y el que formó á Tristan, al P. Mayno, y á Orrente. Vino á establecerse á la ciudad imperial hácia el año de 1756, y segun parece, fué llamado para hacer el retablo de Santo Domingo el viejo. En 1577 fué encargado por el cabildo de la catedral de pintar, para el vestuario del sagrario, el cuadro que representa á *Jesus despojado de sus vestiduras*, que hoy se ve en el altar de la sacristía. Es una de las obras mejores y más acabadas de las que hizo. Suponen algunos que está pintado este lienzo ántes de que Greco hubiese adoptado su manera de pintar extravagante; pero no es así, pues los cuadros de Santo Domingo, pintados con anterioridad, son del mismo sistema que empleó siempre, y por ellos se ve, que si alguna vez pintó de otra manera, sería con anterioridad á su aparicion en Toledo. Otro de sus cuadros importantes, es el del *Entierro del Conde de Orgaz*, que se halla en la iglesia de Santo Tomé, en el que todas las cabezas de los personajes son retratos admirablemente ejecutados, dignos del pincel de Tintoreto ó Ticiano. En la iglesia de San Pedro Mártir, se ve un apostolado en figuras de medio cuerpo, que es muy notable, y la mayor parte de las iglesias tienen retablos enteros hechos por su mano, tanto la pintura como la arquitectura y la talla. A pesar de sus excentricidades, tiene cualidades el Greco que le colocan entre los artistas de primera linea; pero es extraño cómo logró adquirirse la popularidad que tuvo, siendo sus condiciones más para apreciadas por artistas que por el vulgo, para quien no podian ocultarse sus exageraciones y rarezas, que hoy, con mayor ilustracion, hay muchos que no aciertan á olvidar, al lado de otras, tan eminentes cualidades. Sus composiciones, por lo general, están muy bien arregladas, y las figuras, á pesar de tener deformidades en los detalles, tienen buenas proporciones en el conjunto; dignidad y gracia en las actitudes. Donde realmente es siempre superior, es en las cabezas, dotadas de una vida y expresion admirables, tanto, que sus retratos nada tienen que envidiar á los de Velazquez ó á los más ilustres pintores en este género. Como colorista, es tan notable, que esta sola cualidad le haría muy superior á sus dis-

cípulos, á pesar del mérito positivo que tienen, y de haber evitado los extravíos del maestro.

Además del *San Jerónimo*, de Tristan, ya citado, puede verse el excelente cuadro del P. Mayno, que representa: *La Gloria, Moisés, Azaon, y Las Virtudes teologales*, en la iglesia de San Pedro mártir, y *El Martirio de Santa Leocadia*, de Orrente, en la sacristía de la catedral, para poder juzgar á los discípulos de Greco.

Las pinturas de Juan de Borgoña que adornan las paredes de la sala capitular y algunas otras de su mano que se ven en la capilla mozárabe, son de lo mejor que se pintó en España á principios del siglo XVI.

Las esculturas de Berruguete en la sillería del coro, en el sepulcro del cardenal Tavera, del hospital de afuera, en Santa Leocadia y otras partes, dan muestra cumplida de su gran talento y merecida fama.

El Museo de Toledo, que está en el convento de San Juan de los Reyes, no tiene importancia alguna, ya lo he dicho, pero aunque la tuviera, siempre se vería eclipsado por la esplendidez de los monumentos y obras de arte que se encuentran por todas partes, que hacen á la mayoría de los viajeros no se les ocurra preguntar si tal establecimiento existe.

CEFERINO ARAUJO SANCHEZ.

LOS GRANDES LAGOS DE LA AMÉRICA SEPTENTRIONAL.

III.

LAS MINAS DE MARQUETTE.

En una tarde del mes de Julio de 1874 partí por el ferro-carril de Chicago para ir á las minas de hierro de Marquette, en la orilla meridional del Lago Superior. Al amanecer saludamos el lago Winnebago, nombre tomado del de la tribu india que primitivamente habitó en aquellas regiones. Oshkosh está graciosamente tendida á orillas del lago (1). Desde allí se va á Green-Bay, donde reaparecen las aguas del lago Michigan, claras y azules, y cuyo fondo, como el de todos los lagos americanos, es visible á gran profundidad. Desde Chicago hasta dicho punto se atraviesan campos de trigo y de maíz que se extienden cuanto la vista alcanza, granjas, aldeas y praderas donde pacen numerosos rebaños. Á partir de Green-Bay el pais cambia de aspecto y las huellas de colonizacion son cada vez ménos aparentes.

* Véase el número anterior, pág. 509.

(1) Un espantoso incendio ha destruido por completo esta ciudad (29 de Abril de 1875).